

El vino de la pasión

Muchas lunas después, la tierra de Requena continuaba siendo símbolo de vino que embelesa los sentidos y de cruce de culturas. La leyenda de la dama Sol y el caballero de la Media Luna había dejado un poso de mestizaje que ahora portaban con orgullo sus descendientes, generación tras generación.

Así, año tras año, braceros de diferentes razas, culturas y religiones participaban en la vendimia. Eran gentes humildes que acudían desde remotos lugares, en busca de un pan que llevar a la boca de sus hijos. Pese a la dureza del trabajo, faneaban con alegría, esperanzados en un futuro mejor para los suyos. Al anoecer, junto al calor de las fogatas, se reunían para cantar al son de una vieja guitarra o un melancólico laúd.

Una noche, el primogénito del señor de aquellas tierras, descendiente muy lejano de los originarios señores de Requena, atravesó al trote de su caballo un linderero cercano a las viñas. Deslumbrado por el brillo del fuego, decidió acercarse al grupo para saludar a los vendimiadores y, en caso de terciarse ocasión, compartir un trago de la bota, algunos dátiles o un taco de chorizo. Aunque era noche cerrada, sentóse en el suelo junto a aquellas humildes familias. Tras departir durante cerca de una hora, optó por volver con los suyos.

Justo en el preciso momento de montar su corcel, sus ojos se cruzaron con los de una joven que, refugiada en su candida timidez, observaba al apuesto señorito parapetada tras las viñas. El joven quedó inmediatamente prendado por aquel rostro moreno que, iluminado por el fuego, refulgía en misterioso exotismo. Puso pie en tierra y quiso acercarse hasta ella, preguntarle su nombre; mas la misteriosa doncella desapareció como una centella entre las parras. El heredero de Requena espoleó su corcel y se retiró a sus aposentos, donde no pudo pegar ojo en toda la noche, desasosegado por tan bella visión.

El heredero volvió noche tras noche al corro nocturno de los vendimiadores, pero no volvió a ver a la misteriosa joven, y tampoco se atrevía a preguntar por ella, temeroso de que alguno de sus progenitores la apartara de él para siempre. Pasada la medianoche, volvía a sus aposentos embriagado por el vino de la bota y sin rastro de la joven morena; aunque siempre abandonaba su infructuosa cita nocturna con el presentimiento de que ésta la espiaba, oculta tras las parras.

Tras varias semanas de repetir, noche tras noche, su ritual, ya cansado de tanto cante, guitarra y vino, al fin sucedió. Había apoyado su pie derecho en el estribo y se disponía a subirse a la montura, cuando oyó un silbido a su espalda. Miró hacia atrás y vio la sombra de la misteriosa muchacha, corriendo entre de vides. El rico heredero tuvo que esforzarse al máximo para alcanzar a la condenada, quien la condujo en zig-zag hasta una hondonada situada detrás de un montículo, muy lejos de los carrozcos de los vendimiadores y más lejos aún de indiscretas miradas. Sin mediar palabra, el heredero de Requena y la misteriosa joven se fundieron en un largo y fogoso beso, que dio paso a otra suerte de prolongados juegos amorosos, era tal la pasión contenida que ambos reservaban para tan ansiado momento. El joven de Requena, al ver de cerca su rostro moreno, moldeado en exóticos trazos, sin duda herencia de remotas tierras, quedó hechizado para siempre. Una vez satisfechos y exhaustos de amor, ya al alba, la joven, de nombre Aicha, pronunció las siguientes palabras en un castellano dificultoso:

— Nuestro amor es imposible. Pertenece a mundos diferentes. Si alguien de mi familia se entera de lo que ha pasado, podría ocurrirme algo muy malo. Es mejor que nunca nos volvamos a ver.

Pero el amor que sentía por ella el heredero de Requena ya no tenía vuelta atrás. Montó a Aicha a la grupa de su caballo y galoparon, sin descansar día y noche, unos dicen que hacia el lejano Oriente y otros que rumbo al profundo sur. Nunca más se volvió a saber de ellos.

La vendimia de aquel año fue un desastre, así como las sucesivas, y nadie se explicaba lo ocurrido, pues en las haciendas contiguas la tierra continuaba dando uvas de calidad. Es como si Requena llorara la falta de su heredero y de la doncella Aicha, y la tierra se manifestaba con una humedad inusual, que corrompía la fruta.

Las malas cosechas siguieron durante varios años, hasta que una vid silvestre empezó a brotar en aquella hondonada, detrás del montículo. Dicen que, desde entonces, el Beso de Rechenna es el mejor vino para los enamorados, y que cuando un hombre y una mujer lo prueban por vez primera...